

Mediados del siglo XIX fue un período trágico para Galicia. A la epidemia de peste que asoló la región, debido a las constantes lluvias hay que añadir la maniobra del militar y diputado en Cortes por la provincia de Ourense Urbano Feyjoo,

quien, en medio de tan calamitoso escenario desatado en 1853 decide ofrecer a los gallegos como mano de obra barata en Cuba en sustitución de los esclavos africanos. Los engañó concediéndoles un pequeño anticipo y con la promesa

de un tiempo de tres meses de aclimatación en la isla, provistos de alimentos y doctores. Las vicencias de ese tiempo olvidado cobran actualidad en el libro 'Una casa en Amargura', de la escritora lucense Elisa Vázquez de Grey.

Elisa Vázquez de Grey ■ Autora del libro 'Una casa en Amargura'

“La correspondencia reveló que el proyecto de Urbano Feyjoo en Cuba fue esclavitud encubierta”

ELENA FERNÁNDEZ, Vigo
Pregunta. 'Una casa en Amargura' (Ediciones B, 2015) es una novela sobre la esclavitud en la Cuba de finales del siglo XIX. Un relato sobre el mundo de los esclavos en las casas de familias criollas habaneras y narra su lucha por la libertad. ¿Cómo era ese mundo?

Respuesta. La historia nace del día a día cotidiano en una casa de la Calle Amargura en la Habana Vieja, pero despliega una trama ambientada en el universo colonial entre 1850 y 1882, es decir los años anteriores e inmediatamente posteriores a la abolición de la esclavitud en la Cuba española. En realidad es una época histórica muy poco transitada desde el punto de vista literario.

En las primeras páginas nos topamos con un suceso inesperado (la muerte de una mujer libre de color, antigua esclava) y una encomienda póstuma que la fallecida deja a sus amigos: les ruega que localicen a dos personas totalmente desconocidas para que estén presentes en la apertura de un curioso testamento. A partir de ahí la trama sumerge a los personajes en una indagación trepidante por archivos de copistas, estudios de síndicos y curiosos domicilios de escritores callejeros a lo largo de la cual suceden descubrimientos sorprendentes y se desvelan los secretos más escondidos. Es esa misma búsqueda la que pone ante los ojos del lector los entresijos de la vida de amos y siervos en las espléndidas casonas de una Habana a la vez opulenta y miserable, donde la esclavitud se codea con la riqueza más ostentosa. Una Real Villa poblada por ricos españoles, militares, damas de familia criolla, inmigrantes gallegos, chinos adinerados, culíes esclavizados y cautivos africanos.

P. En este libro, desvela un episodio poco conocido de la historia de Galicia y es que, por aquellos años, más de 1.700 gallegos fueron llevados a Cuba y vendidos por Urbano Feyjoo Sotomayor. ¿Cómo se desarrolló este episodio?

R. En efecto, entre los personajes que deambulan por la novela está uno de los 1.744 gallegos que desembarcaron en el Muelle de Caballería de La Habana formando parte de las ocho expediciones de 'colonos inmigrantes de campo' que habían sido contratados en las aldeas de Galicia por el

empresario orensano residente en Cuba Urbano Feyjoo Sotomayor.

P. ¿Quién era Feyjoo Sotomayor?

R. Pues sorprendentemente Urbano Feyjoo, como decían en el siglo XIX "era gallego de nación", militar y diputado a Cortes por la provincia de Ourense, pero también accionista de la empresa del Ferrocarril de La Sagua, y rico comerciante. Llegó a administrar en Cuba cinco ingenios, tres cafetales y varias haciendas con los poderes que le habían firmado la familia de su cuñada, los Lapaza de Martiatu.

Cuando advirtió que la entrada de brazos africanos comenzaba a escasear, Feyjoo buscó apoyos políticos y administrativos para fundar una Compañía Patriótica-Mercantil cuya finalidad sería contratar gallegos pobres al irrisorio salario de cinco pesos mensuales y trasladarlos a Cuba para trabajar en el campo.

Se trataba de un plan de colonización gallega bajo el título de 'Compañía Patriótica-Mercantil de ayuda a Cuba y salvación de Galicia' y en el proyecto el empresario afirmaba que "dado el aumento fabuloso del precio del esclavo negro, debido a las condiciones prohibitivas de su transporte y a los peligros de la confiscación por parte de la marina inglesa, las ventajas de esta pacífica importación de asalariados blancos de forma masiva y continua se impone por sí misma". Con tales razonamientos y no pocas ayudas políticas, Feyjoo consiguió permisos, ayudas y el Privilegio Real para trasladar inmigrantes a la Isla en régimen de exclusividad durante un período de 15 años.

P. ¿Cómo era el ambiente político y social en Cuba en la época que describe?

R. Hay que tener en cuenta que se trataba de la Cuba esclavista. 'La emperatriz del azúcar', 'la perla del Caribe' enviaba cada día buques cargados de oro a España a base del trabajo de africanos esclavos. Las autoridades españolas militares, políticas y eclesiásticas lo tenían claro, al igual que el enjambre de funcionarios civiles de la Isla.



Elisa Vázquez de Grey.

SANTIAGO SÁIZ

En el año 1853, la marina inglesa patrullaba los océanos impidiendo la llegada de barcos negros a los puertos coloniales españoles y los casi dos mil ingenios de la Isla, pese a estar parcialmente mecanizados, precisaban brazos. La gran riqueza de Cuba (maderas, cacao, café, tabaco y azúcar, sobre todo azúcar)

dependía de brazos negros, pero la trata estaba prohibida, la mano de obra escaseaba y el precio de los esclavos se había encarecido hasta límites insospechados.

Es en este contexto cuando Urbano Feyjoo, político peninsular, acaudalado e influente, pergeña su ambicioso proyecto de 'Ayuda a Cuba y Salvación de Galicia' y propone a las autoridades de la Isla su proyecto de importación de trabajadores. Al conseguir el Privilegio Real para su iniciativa de inmigración comienza un nuevo tipo de trata, esta vez de blancos, oculta bajo el nombre de 'Patriótica Empresa'.

1853, y sobre el establecimiento en cada uno de sus partidos judiciales de una caja de préstamos hipotecarios" atestigua: "No faltaban alimentos, no. Lo que les faltaba a estos infelices era un real para pan, o especies para cambiar..."

En medio de tan calamitoso escenario, irrumpe en escena el orensano Urbano Feyjoo Sotomayor. Conocedor de la urgencia de mano de obra barata en la opulenta Cuba e insensible ante el panorama de una Galicia moribunda decide vincular el hambre con las ganas de comer y presenta a las autoridades de la Isla su proyecto de inmigración.

P. ¿Cómo se desarrolló este episodio?

R. Una vez conseguido el permiso para trasladar mano de obra blanca a Cuba, Urbano Feyjoo se pone manos a la obra y concerta con la empresa Abellá, Braña y Cía. de Ferrol, fletes completos de buques migratorios con matrículas de A Coruña y Vigo.

Entre marzo y agosto de 1854, en seis meses, transporta ocho expediciones de 'colonos gallegos', un total de 2.000 hombres (de los cuales llegan a La Habana 1.744), que deposita en 'centros de aclimatación' (en realidad inmundos barracones, depósitos de esclavos incorregibles) a la espera de revender sus contratos. Feyjoo, al igual que el ilustre doctor Tomás Romay, defiende el principio de que "un gallego ha de hacer el mismo trabajo que dos negros y al precio que cuesta un esclavo".

Los inmigrantes son traspasados a hacendados que compran sus contratos y los esclavizan en sus plantaciones e ingenios, obligándoles a vivir en idénticas condiciones que las negradas.

A los dos meses de la llegada de la primera expedición habían fallecido más de trescientos hombres. Viéndose esclavos y a sabiendas de que las condiciones de vida que sufrían no eran las que especificaba el contrato que habían firmado, los gallegos se rebelaron y fueron duramente castigados. Los que lograron huir, se refugiaron en palenques de esclavos fugitivos o deambulaban enajenados, harapientos y mendigando comida. A petición de los hacendados, que consideran a los gallegos una propiedad comprada y pagada, el capitán general da orden al ejército de "perseguir a los cimarrones gallegos" por lo que acaban encarcelados, hospitalizados o encerrados en depósitos.

No contaban con que algunos localizaron a escritores y dictaron cartas que luego enviaron a Galicia. Gracias a esta correspondencia, las familias tienen noticia de lo que está sucediendo y acu-

... Pasa a la página siguiente

••• Viene de la página anterior

den a las autoridades. El proyecto de Feijóo se revela de esclavitud encubierta y, tanto en Cuba como en España, se alzan voces airadas, que llegan a las Cortes avaladas, entre otros, por diputados de la talla de Ramón de La Sagra.

Ante el escandaloso fracaso de su iniciativa, el promotor deja la empresa en manos de administradores, abandona la Isla y regresa a Madrid donde, asombrosamente, ocupa su asiento de diputado y está presente en todas las sesiones.

P. Los gallegos desplazados, ¿podían imaginarse el futuro que les depararía la travesía o, por el contrario, fueron engañados?

R. Tengo la certeza de que no se imaginaban lo que iba a suceder. Tras la firma del contrato, el empresario les había dado un pequeño anticipo (que la mayoría dejó a su familia), y adelantado el pasaje del barco. Asimismo les había proporcionado dos equipos completos de ropa adecuada para el trópico y prometido tres meses de aclimatación en lugar adecuado, con alimentos sanos y doctores. Eran pobres y analfabetos pero conocían sus derechos y eran conscientes de que habían firmado un contrato de una duración de 5 años para trabajar como campesinos con un salario discreto. Cuando se vieron trabajando 18 horas al día, viviendo entre las negradas y sufriendo castigos corporales, siendo como eran individuos blancos, cristianos y súbditos del reino de España, comprendieron que todo había sido un engaño y que el promotor les había prometido lo que nunca pensó cumplir.

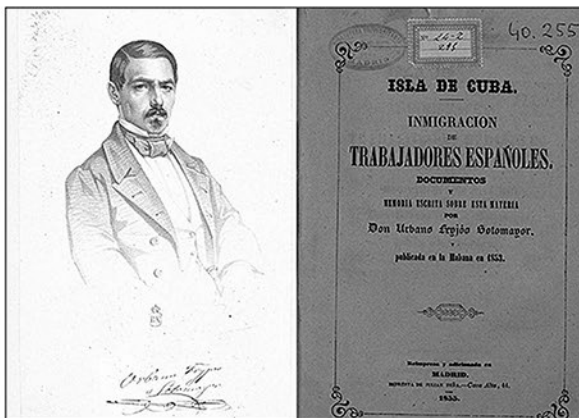
P. ¿Qué repercusión tuvo aquella 'aventura' en las víctimas?

R. Más que aventura yo lo llamaría tragedia. Quedaron marcados para siempre. Hay que pensar que a estos hombres nada más llegar a Cuba la Empresa les retiró la documentación. No tenían papeles, no conocían el país, no sabían dónde estaban, dónde tenían que ir, ni a quién acudir. Algunos estaban tan avergonzados de encontrarse en semejante tesitura que huyeron y se escondieron en los palenques de cimarrones; se quedaron allí para siempre. Hubo otros que se sentían humillados y no se atrevieron a volver a Galicia. Muchos estaban enfermos y otros heridos por el trato que habían recibido en los ingenios... Por no hablar de los fallecidos.

A finales de 1854, el Gobierno nombró un capitán general en Cuba con orden urgente de zanjar, de una vez por todas, la cuestión de los gallegos. Era preciso facilitar el retorno de quienes desearan abandonar la Isla y reinsertar a los que optasen por permanecer en ella.

El capitán general, Gutiérrez de la Concha, resolvió el asunto urdiendo un plan de choque en cuatro etapas:

En un primer momento regresaron a Galicia, por propia voluntad, algo menos de trescientos hombres. A continuación se suprimió el trabajo de los convictos



Urbano Feijóo. Litografía de Santos González, propiedad de la Biblioteca Nacional Española. A la dcha., un documento sobre españoles en Cuba.

en el ferrocarril y ofrecieron sus puestos a los gallegos de Feijóo, ahí se ocuparon quinientos hombres. En una tercera fase se propuso alistamiento en el ejército español a aquellos que tenían alguna experiencia militar; se incorporaron a filas cerca de doscientos cincuenta. Finalmente, el 'Diario de Avisos' publicó una oferta de reclutamiento para servicios municipales: en limpieza, repartos, puerto, recogida de basura, alumbrado de gas, ... que empleó a 120 hombres.

Si se echan bien las cuentas los que restan de los 1.744 gallegos que llegaron a La Habana en las ocho expediciones de Feijóo, o ya estaban difuntos o se habían apalencado con negros huidos. Son los cimarrones ojiazules con los que tanto se fabula en Cuba.

P. ¿Hubo alguna respuesta política para frenar tal desastre?

R. Las Cortes, tras largas e inflamadas discusiones y no pocos rifirrafes políticos, zanjaron la cuestión: los inmigrantes quedaban libres de las obligaciones contratadas con la empresa y se les ofrecía la posibilidad de regresar a Galicia o de quedarse en Cuba.

La compañía se liquidaría, el promotor se libraba y los trabajadores no tendrían derecho a reclamación.

El empresario nunca reconoció su culpa y no pidió perdón.

P. ¿De qué documentos se sirvió para crear este relato?

R. He utilizado fuentes históricas cubanas y españolas. Y periodísticas (la prensa habanera se hizo eco puntualmente del asunto y día a día publicaba noticias sobre el proyecto de Feijóo, la llegada de barcos con gallegos, la

rebelión, detenciones, encarcelamientos...). Por supuesto he tenido acceso a ejemplares de los contratos, a las listas de los inmigrantes, y a un ejemplar del proyecto de 'La Patriótica Empresa'. También la memoria que el propio Urbano Feijóo redactó para justificar el fracaso de su iniciativa. En la biblioteca de las Cortes se conservan las actas de las sesiones y también están depositadas las cartas que los gallegos enviaron a sus familias donde daban cuenta del trato que estaban recibiendo.

Las fuentes, las instituciones y las personas que me han inspirado están citadas en www.unaca-saenamargura.com, que es una web dedicada a la novela y muy especialmente a la esclavitud doméstica femenina habanera del siglo XIX.

P. ¿Qué fue lo que le animó a sumergirse en este aspecto concreto de la historia de la emigración gallega?

R. El total convencimiento de que episodios como éste han existido pero se desconocen por haber sido silenciados tanto en Galicia como en España.

P. ¿Cuánto tiempo estuvo indagando en este asunto?

R. La fase de documentación de una novela histórica como 'Una casa en Amargura' es complicada, larga y dificultosa. Estuve trabajando en ella alrededor de 4 años. Viajé a varios países de África para documentar la esclavitud francesa y española, a la Isla de La Reunión, donde transcurre la primera etapa de la vida de la protagonista, varias veces a Cuba para conocer la historia colonial y el contexto esclavista y por supuesto también me documenté en Galicia.

P. ¿Se plantea seguir escribiendo sobre la emigración?

R. Posiblemente sí. Aunque no seguiré con el siglo XIX. Tal vez Argentina en los años 30... el tiempo lo dirá.



Ilustración de la época.

ELISA VÁZQUEZ DE GEY **Escritora, autora de 'Una casa en Amargura'**

“España tiene una asignatura pendiente con su pasado esclavista”

Texto: SANTIAGO ROMERO
Foto: FDV

—La tragedia de Charleston obliga a Estados Unidos a revisar su pasado esclavista. España nunca abordó su papel en ese infame capítulo de la historia, al ser la última potencia colonial que abolió la esclavitud.

—Si se pregunta en la calle en qué año abolió España la esclavitud en Cuba, se sorprenderían de lo tardía que fue. La primera ley la firma Alfonso XII en 1880 aunque la definitiva, en 1886, es de la regente María Cristina, hija de Alfonso XIII. Llega muy tarde. Francia lo había hecho en sus colonias en 1848, casi cincuenta años antes. También Inglaterra y Portugal.

—¿Ese pasado todavía es tabú en España?

—Cuando empecé a investigar, me di de bruces con el absoluto silencio. Todo está oculto, velado. Los nombres aparecen junto al adjetivo de negro-

o, o la palabrita trata, no se habla nunca abiertamente de la esclavitud como en Francia, Inglaterra o Estados Unidos. En España sigue siendo una asignatura pendiente. La protagonista de mi novela es una niña de dos años que se queda huérfana y hereda una casa con una negra de cuarenta esclavos.

—¿Cómo surgió la idea de esta novela?

—Hace años, en un congreso de lingüistas en la isla de Reunión. En una cena, una persona me dice con naturalidad sorprendente que sus antepasados fueron esclavos. Empezaron todos a opinar en la mesa, y resulta que muchos tenían también antecedentes esclavistas en su familia. Y hablaban del gran papel que España había jugado en eso. Yo nunca había leído sin embargo un libro de Historia de España donde esa realidad esté presente. Me parece un vacío muy raro.

—¿Cómo dio con los gallegos esclavizados por Urbano Feijóo?

—En Cuba todos me hablaban de los gallegos de Feijóo. Pensaba que se referían con sorna a la actualidad, pero es una historia que conoce allí todo el mundo. Así que me documenté sobre sobre Urbano Feijóo Sotomayor. Pertenecía a una familia muy conocida —son ahora los marqueses de Santa Ildaura, tienen aún casas grandes en Viana do Boló, con sus escudos— y su herma-

“EL LEMA DEL DIPUTADO QUE ESCLAVIZÓ A 1.744 GALLEGOS ERA QUE UN GALLEGO TENÍA QUE TRABAJAR COMO DOS NEGROS Y COBRAR MENOS QUE UN ESCLAVO”



La escritora Elisa Vázquez de Gey en el archivo de la Fundación José Martí, en La Habana.

no le había salvado la vida a Isabel II. Son oriundos de Ourense, militares y tenían mucho poder. Urbano, que era diputado a Cortes

por Ourense, aparece en Cuba hacia 1840 y en poco tiempo se hace con un enorme patrimonio. Cuando los brazos negros empiezan a escasear por la prohibición inglesa de tráfico en sus barcos, propone su Patriótica Empresa de Ayuda a Cuba y Salvación de Galicia. En Galicia había una pobreza enorme y se le ocurre colonizar Cuba con gallegos. Con una máxima lapidaria: “Un gallego tiene que hacer el trabajo de dos negros y por menos dinero de lo que cuesta un esclavo”. Y con eso consigue el privilegio real para llevar gallegos a Cuba.

—Pero no era para esclavizarlos...

—No, claro. Era para colonizar. Pero en cuanto los gallegos llegaron a La Habana, lo que hizo fue traspasar sus contratos y desentenderse. Los vendió a hacendados como esclavos. Cuando se descubre que todo el montaje de Feijóo era simple esclavitud encubierta, empiezan a alzarse voces en España y se arma un gran lío.

—Encontró una lista que desvela el destino de esta pobre gente.

—Sí, un coleccionista de Pontevedra me compró en Ebay, sin saber lo que era. Cuando le dije de qué se

trataba, me permitió consultarla. Es una lista de La Junta de Fomento de La Habana con los 1.744 nombres de los gallegos que Feijóo llevó en Cuba, que eran sobre todo de Ourense y Pontevedra. Al lado de cada nombre, figuran conceptos como difunto o fugado.

—¿Cuántos murieron en la aventura?

—De los puertos de A Coruña y Vigo salieron 2.000, pero a Cuba solo llegaron 1.744. Muchos murieron en la travesía y se supone que los tiraron al mar. En La Habana, los metieron en un depósito de negros, plagado de enfermedades como disentería y malaria. Y los mataban de hambre con un rancho de esclavos. A los dos meses, habían muerto trescientos.

—Muchos se fugaron...

—Algunos de estos cimarrones, que significa esclavos fugados, llegaron a vivir en esa condición hasta 1912, refugiados en palenques, cabañas que construían en lugares infectos como pantanos o manglares en los que no se atrevían a aventurarse los rancheadores, que les debían caza por la recompensa. Los perros de estos rancheadores, además, no lograban oler a blancos, estaban acostumbrados a rastrear solo negros.

—¿Nadie hizo nada?

—Un capitán general, Pezuela, descubre que había en Cuba esclavos blancos, súbditos del rey de España y cristianos. Eran los gallegos de Feijóo. En La Habana había un obispo, que tampoco hizo nada. Cuando a Pezuela le dicen que muchos se escaparon, dicta un bando en el que ordena que capturen a los cimarrones gallegos. Fue una gran metedura de pata, porque al llamarlos cimarrones, que significa esclavos fugados, reconoce que los habían esclavizado. Los gallegos se abrazaban a los captores, pensando que había acabado su desdicha, pero a unos los metieron en prisión y otros los devolvieron al depósito de esclavos del que se habían fugado. Ahí empiezan a enviar cartas a sus mujeres, madres y hermanas en Galicia. Y estas, pese a que eran pobres y analfabetas, acudieron a la ley, la prensa, y lograron llegar hasta diputados como Ramón de la Sagra. Y entonces el caso llega a las Cor-

tes.

—¿Fue el final de su calvario?

—En las Cortes se falla que son libros y que hay que indemnizarlos, indemnizaciones de pena, claro. Hay cuatrocientos que logran volver a Galicia, aunque tardaron meses. En esas, se nombra otro capitán general, Concha, que era temible. Sustituyó a los convictos que trabajaban en el ferrocarril por muchos de estos gallegos, unos quinientos. Tiene que haber muchos cubanos descendientes de estos gallegos.

—¿Se hizo justicia con Feijóo?

—Ante el escandaloso fracaso de su iniciativa, el promotor desaparece de Cuba y regresa a Madrid donde sigue ocupando su silla de diputado. En 1898, Urbano Feijóo fallece en su casa de Viana do Boló, tras haber sido diputado dos veces más: en 1872 por Verín y en 1881 por Matanzas (Cuba).

—Volviendo al tabú, muchas fortunas gallegas arrancaron con la trata de esclavos.

—Sí, hay importantes fortunas de entonces que proceden de la trata de esclavos en las colonias. Toda la documentación relativa con estas actividades se lavó, desapareció. Hay que ir a Cuba para rastrear los roles de los barcos. Por ejemplo, Urbano Feijóo se llevó a La Habana un bergantín enorme y una fragata que estaban contruidos en Ferrol, en los astilleros de Braña, cuyo dueño también estaba en el tráfico negro.



ELISA VÁZQUEZ DE GEY AUTORA DE LA NOVELA «UNA CASA EN AMARGURA»

«Los esclavos de Cuba fueron sustituidos por colonos gallegos»

Entre elegantes casonas habaneras, desvela la trata de un negrero ourensano

RODRI GARCÍA
A CORUÑA / LA VOZ

«Narrar el día a día en las elegantes casonas habaneras, donde una de las protagonistas es una planchadora, que era un tarea muy ardua porque allí llegaban a los 40 grados y con las planchas de la época. Quiero recuperar La Habana colonial y mostrar un panorama de lo que fue la esclavitud española, de la que aquí no se habla». Así presenta Elisa Vázquez de Gey (Lugo, 1955) su nueva novela, *Una casa en Amargura* (Ediciones B), que está llegando a las librerías. La autora de tres libros sobre la maharani española de Kapurthala, Anita Delgado, viaja ahora a mediados del siglo XIX, cuando el gallego Urbano Feijóo Sotomayor, militar y diputado a Cortes por la provincia de Ourense, decía cosas como que «un gallego ha de hacer el mismo trabajo que dos negros y al precio que cuesta un esclavo».

—¿Cuál es la trama principal?

—Hay dos protagonistas. Una es una niña blanca, que solo tiene dos años, se queda huérfana y hereda una gran mansión, muchísimo dinero y una negrada de 40 esclavos. Es criada por esos esclavos, a los que tiene un gran cariño. Una de las esclavas se muere y le deja un encargo, que mientras no se cumpla no se puede abrir su testamento. Toda la novela es una búsqueda.

—¿Y el negrero gallego?

—Es tangencial en la novela. Hay un personaje que deja embazada a una esclava y que había llegado en la fragata *Villa de Neda*. Me puse a investigar esta fragata y me entero que la había fletado un comerciante cubano que era



Elisa Vázquez de Gey destaca el hermetismo que hay sobre la esclavitud en España. PACO RODRÍGUEZ

de Ourense que se llamaba Urbano Feijóo Sotomayor y era la primera que fletó llena de gallegos.

—¿Iban como colonos?

—Este señor era muy conocido en Cuba como negrero. Cuando no llegaban brazos negros a Cuba por la abolición de la esclavitud, él decidió que los ingenios [las plantas del cultivo de azúcar] tenían que seguir funcionando y qué mejor que lo hicieran con

gallegos, que en aquel momento estaban en la absoluta pobreza, desde el año 1854, «ano da fame». Había una pobreza absoluta y mucha hambre. Entonces decide crear una *patriótica* empresa de ayuda a Cuba y salvación de Galicia: importando trabajadores gallegos a la colonia hace una trata de blancos encubierta.

—¿Qué hacían al llegar allí?

—Los encerraban en centros de aclimatación, que no eran sino barracones de esclavos. Los hacendados compraban los contratos que habían firmado los gallegos, como quien traspasa una mercancía, y consideraba a los gallegos como un bien, no como personas. Esos hacendados los consideraban suyos, como si fueran sus esclavos, como los negros. Cuando

se vieron esclavizados empezaron a rebelarse pero cuanto más se rebelaban más eran masacrados. Hubo una tremenda rebelión. En La Habana los esclavos de Feijóo eran muy conocidos, porque llevó a más de 2.000 colonos gallegos que vendió como esclavos, traspasó como esclavos.

—¿Cómo acabó esta gente?

—El problema acabó en las Cortes españolas, pero cuando se solucionó muchos habían muerto, otros escaparon y nunca aparecieron. Al parecer se quedaron en los palenques [refugio de los esclavos escapados], no sabían que podían volver a Galicia. A estos gallegos les llaman los esclavos ojiazules, porque eran blancos con los ojos azules. Eran puros celtas, dicen en La Habana.

«A estos gallegos los llamaban los esclavos ojiazules, eran puros celtas, dicen los cubanos»



Una inhumana odisea gallega

La escritora Elisa Vázquez de Gey recrea en este capítulo de 'Una casa en Amargura' (Ediciones B) la dantesca historia de dos millares de gallegos esclavizados en Cuba mediante engaño. Trescientos murieron a los dos meses en los infames depósitos donde fueron encerrados con esclavos negros. Solo cuatrocientos lograron regresar a Galicia

➔ Elisa Vázquez de Gey

Mi amigo Bonifacio pisó por vez primera la caoba del Muelle de Cabañería en mil ochocientos cincuenta y cuatro. Eso sí que yo lo sé seguro. Él mismo me confidenció que un empresario lo había engañado en su pueblo y que vino a La Habana en el *Villa de Neda*, ya tú sabes, la fragata que usaron para hacer trasiego de gallegos esclavos —había revelado Soler a Ulises.

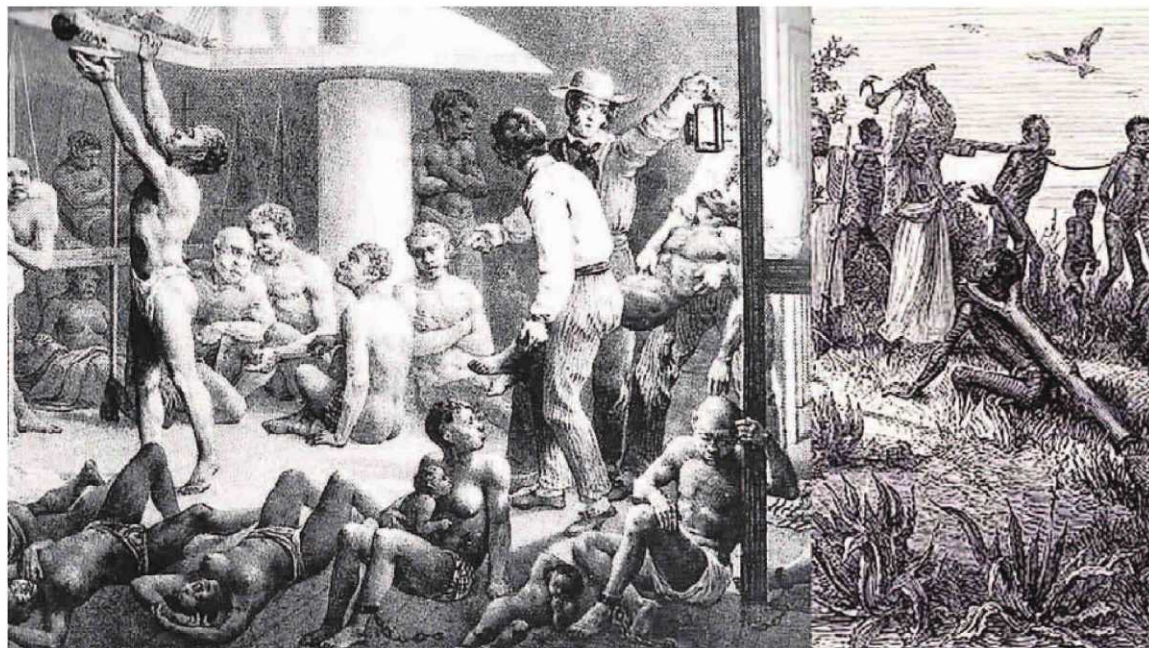
Lo que relataba me estaba dejando de piedra. Gallegos esclavos llegados a La Habana en 1854. ¡Primera vez que escuchaba hablar de semejante cosa! Ni entre la ingente documentación esclavista que consulté, ni en las montañas de litigios y reclamaciones de sirvos contra amos que tuve que ordenar tras la muerte de mi padre, ni en ningún texto histórico, había yo topado el menor indicio de que hubiese existido en Cuba tal tipo de esclavitud. Por supuesto, me negué a seguir adelante sin indagar a fondo el asunto.

Para ello envié a Ulises con aviso de petición de randevú al despacho de Pascasio Araoz, un criollo descendiente de vizcaínos de mi entera confianza, viudo de mi amiga Hortensia recientemente fallecida.

Nadie mejor para averiguar, Pascasio era funcionario, ocupaba un puesto de altísimo rango en la Real Aduana, tenía libre acceso a archivos reservados y se manejaba recién no solo entre los vascos de la camarilla de Capitanía, sino en el ambiente de los mandamases del Ministerio de Gracia y Justicia. Además era masón, pertenecía a la Gran Logia de la Isla de Cuba que, pese a estar perseguida y considerada ilícita, a mí me despertaba gran simpatía porque seguía liturgias socio-políticas y no simplemente filosófico-fraternales como otras muchas logias.

Dada la excelente amistad que nos unía, yo estaba segura de que no tendría el menor inconveniente en aclararme, de primera mano, tan singular cuestión. Y, en efecto, en cuanto que me puse al día de mi indagación prometió hacerme el favor. No había terminado la semana cuando se nos presentó en la antepuerta de Amargura un negrito que canturreaba orgulloso:

—Acá llega el muleque Carlomagno, de casa Araoz, con recado



Un inhumano depósito de esclavos africanos en Cuba, como los que encerraron con gran mortalidad a 1.744 gallegos en 1854.

de parte del amo suyo para la señorita Dulce Elena Prieto. Me envián a desf que el señó espera siempre con gran gusto a la señoriita, pero que sería muy apropiado si ella se viniere a la casa de él este día sábado, en la taaarde, a la caída de las dos y media.

Confirmada la visita, me reuní con mi amigo en su casa de Mercaderes con la Obra Pía donde, entre tazas de chocolate y copitas de licor de anís español, el jefe supremo de los inspectores de aduanas se pegó la fatiga de aclararme, con la impecable sencillez de quienes conocen bien aquello de lo que están hablando, los pormenores de uno de los episodios más descabellados de la historia de mi país:

—Pero qué extraño asunto, Pascasio, lo de la trata de gallegos. ¿Cómo puede ser que yo nunca haya tenido noticia?

—Bueno, tal vez a tu señor padre no le pareció oportuno hablarte de ello, o no se le presentó la ocasión. Piensa, Dulce, que sucedió antes de que tú nacieses y, si lo miras bien, fue algo tan insensato que se resolvió con cierta precipitación... Pero no me extraña que te llame la aten-

ción, porque el suceso, por no decir el dislate, salpicó a la totalidad de las instituciones: al Gobierno de Madrid, al colonial, a la Junta de Fomento y ¡al mismísimo Capitán General!

—¿En serio? ¡Pero entonces la cosa tuvo que ser sonada!

—Ruido sí hubo. Y no poco. Yo te voy a contar cuanto sé de este episodio pero, para no confundirte, empezaré por el principio: parece que toda la trama se urdió para favorecer a un riquísimo comerciante que había sido militar, Urbano Feyjóo y Sotomayor se llamaba. Su familia política poseía ingenios, cafetales, haciendas y muchos otros intereses en la Isla. —Pascasio guardó silencio mientras la doncella rellenaba las tazas de chocolate—. Con esto quiero decir que no se trataba de un simple hacendado sino de un hombre poderoso, miembro de la Junta de Población Blanca y vocal en la Junta de Auxilio de La Habana. Fijate que, cuando las cosas le viraron mal, el tipo desapareció de Cuba y fue a sentar sus reales ni más ni menos que a Madrid, porque, para más infamia, Feyjóo era gallego de nación y en aquel momento diputado a las Cortes españolas por la provincia de Orense.

—¿Qué me dices! ¿Un gallego que esclaviza a sus paisanos? —exclamé sin dar crédito.

—En efecto, contrataba, a precio de esclavo de plantación, trabajado-

res muy pobres en Galicia, se los traía a Cuba y una vez acá traspasaba sus contratos a dueños de ingenios. Los vendía como si fuesen africanos.

—Me sorprende que mi padre nunca lo haya mencionado. Yo le había oído hablar, bueno, ya tú sabes, más que hablar despotricar, contra los experimentos de hacendados que pretendían sustituir esclavos africanos por indios, por yucatecos, qué sé yo... Incluso recuerdo que me contó otra intentona, la de aquel español, tengo el nombre en la punta de la lengua... ¡sí, hombre, el que se trajo tantos catalanes a Haití, en el cuarenta!

—Ya sé. Tú te refieres a Miguel Estorch. Otro que tal bailaba. Puso a trabajar en condiciones de esclavitud a noventa catalanes; los tenía con contrata en el ingenio La Colonia como si fuesen ladinos. Cuando su iniciativa fracasó, el tipo intentó defenderse argumentando que él solo había pretendido "contribuir al aumento de la población blanca en la colonia, pues la raza aclararía si se importaban trabajadores catalanes".

—¡Blanquear la raza con catalanes! ¡Lo que hay que oír! ¡Ni que viniesen acá para padrear!

—Pero Estorch no fue el único. Hubo otras tentativas de "blanquear" con españoles; estoy pensando, por ejemplo, aquel Goicourría con su "fraternal proyecto" de trasladar canarios necesitados

a Cuba para luego esclavizarlos en el azúcar, también sucedió en los cuarenta.

—Y ahora que lo dices, hubo otro más. Sí, hombre, uno de los hermanos Diago, el que quiso sustituir los esclavos negros por colonos vascos. Este publicitaba en la prensa su "benéfica iniciativa de inmigración" como el mejor modo de aumentar la presencia española acá y, al mismo tiempo, luchar contra el oscurecimiento de la raza...

—A ese *filántropo* me lo conozco de maravilla. Más que bien, te lo aseguro. No sé si sabes que entre los trabajadores que se trajo Diago desde Vizcaya hasta La Habana, en el año cuarenta y ocho, venían mi padre y sus dos hermanos pequeños, mis tíos.

—¿Tu padre y tus tíos, dices? ¡No tenía ni idea!

—Pues sí, Dulce. Ya tú ves. —¡Ay, cómo lamento hacerte recordar...!

—No, qué va. Para nada. —...Y cuánto te agradezco la confianza de contármelo.

—No, no hay por qué. Fue algo que sucedió y, mal que bien, ya forma parte de nuestra historia familiar. Pero volvamos al tema que nos ocupa...

—Como quieras. Pues, la verdad es que yo tenía noticia del trasiego de canarios y también, aunque no como tú, del comercio de vizcaínos.



Viene de la página anterior ►►

Si una se pone a pensar, lo más fácil es concluir que tales experimentos no eran más que ensayos de comerciantes ambiciosos que veían peligrar su negocio ante el cese de la trata.

—No puedo estar más de acuerdo contigo. Todos estos tipos seguían las mismas pautas: contrataban, a precios ridículos y con promesas de excelente trabajo, a pobres ignorantes y luego acá “traspasaban sus contratos”, es decir los revendían sin pudor alguno, atacando la dignidad y los derechos de quienes aceptaron venir a trabajar con ellos.

—Bueno, por suerte fracasaron.
—Fracasaron, sí. Al igual que fracasó, tras originar tremendos problemas y dramáticas situaciones de injusticia, la triste “colonización asiática” de Julián Zulueta, al que habrás conocido porque falleció hace poco.

—¿El marqués de Álava?

—Marqués de Álava y vizconde de Casa Blanca, sí señor. La Corona le concedió sus buenos títulos pero era negro; su empresa se llamaba Zulueta y Cía. y era la propietaria del Oquendo, el bergantín que trajo a Cuba las primeras expediciones de culíes chinos. El señor marqués, como tú le llamas, poseía cuatro ingenios azucareros y claro... el hombre precisaba esclavos.

—Sí. Algo sé... En el estudio de mi padre se custodian docenas de protocolos de quejas de esclavos chinos; feroces desacuerdos entre ellos y sus patronos por culpa de contratos cuya fecha de extinción se dilataba sin motivo y no vencía jamás. Pero del caso de los gallegos, ¡me estoy enterando ahora mismo!

—Pues te diré que “la empresa” de Feijóo, cuando nace, tiene sus ambiciones; se trata de una compañía patriótica-mercantil fundada, según él, con la finalidad de “salvación y progreso para España y Cuba”. El proyecto dispondría de un fondo inicial de cien mil pesos en oro y, bajo la figura jurídica del Privilegio Real, pretendía importar a lo largo de quince años un total de cincuenta mil “braceros gallegos” a la provincia de Cuba.

Pero la cosa se torció desde el principio; la Junta de Fomento se opuso, por dos veces, a otorgar el permiso para solicitar el Privilegio, porque suponía conceder el monopolio de la inmigración y la exclusividad de la introducción de trabajadores blancos en la Isla a un particular. Pero Feijóo, muy contrariado, utilizó todas sus armas y acudió a instancias mayores; manipuló cuanto pudo y, a la tercera, gracias a la intervención personal del entonces Capitán General, que era Vicente Cañedo, consiguió el permiso. Ciertos es que se lo otorgaron con dos condiciones: sus cien mil pesos tendrían que ser doscientos mil y, además, tenía obligación de presentar avales y capital de socios, pues la Junta consideraba “imprescindible para el otorgamiento del Privilegio, una entrada anual mínima de seis mil inmigrantes”, lo cual, en los quince años que



él solicitaba, elevaba a noventa mil el número de gallegos, cifra que superaba en mucho las expectativas del promotor.

Ahí estuvo el meollo de lo que al poco se convertiría en un puro despropósito. Solamente mencionará un dato, para que comprendas el alcance de la tragedia: de los casi mil ochocientos gallegos que llegaron a Cuba, al cabo de cinco meses habían muerto cuatrocientos.

—¡No me lo puedo creer! —interrumpí—. Pero explícame clarito, para que yo entienda, cómo un solo hombre, por muy poderoso que sea, pudo conseguir autorización para tal locura.

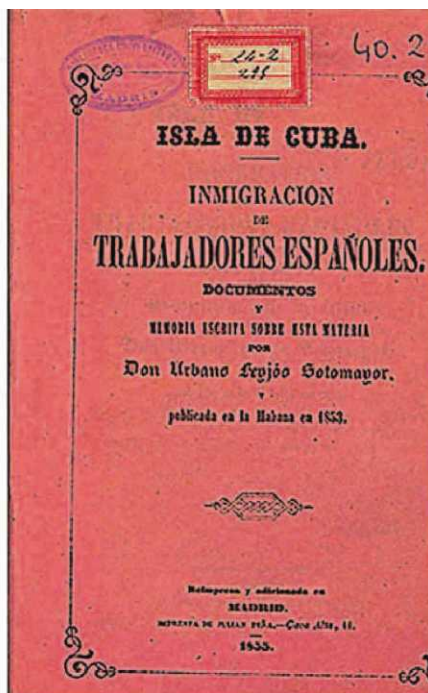
—Dulce, tú sabes que en esos años Cuba necesitaba brazos; la vigilancia de los ingleses, que patrullaban el océano, impedía la llegada de las naves negreras y había que mantener el ritmo de producción en los ingenios, que por entonces no estaban mecanizados como ahora. La situación inquietaba a los señores del azúcar porque, con la abolición de la trata en los países de nuestro entorno, el precio de los esclavos se encareció, qué digo encareció, ¡se puso por las nubes!

Por eso cuando Feijóo presenta al capitán general de la Isla y al Gobierno de Su Majestad un patriótico proyecto “de inmigración” que

propone traer desde España mano de obra económica para abastecer cuadrillas de ingenios, vegas, cafetales y obras públicas, la idea no se ve con malos ojos.

¿Y dónde encontrar hombres dispuestos a venir acá por un salario similar al que resultaba de mantener un esclavo? Pues muy fácil, en su propia tierra, Galicia, la región más arruinada y hambrienta de la madre patria. Feijóo “compró” a sus pobres paisanos con un miserable anticipo: ochenta pesos por cabeza que la mayoría de ellos dejó en casa para que con ellos subsistiese la familia. —Pascasio se paró, caminó hacia un mueble sobre el que descansaban varios cartapacios y agarró un par de ellos—. Mira ahí dentro —me ofreció uno—, es prensa de la época. Verás que los habaneros estuvimos informados día a día del proyecto.

Mi amigo presumía lo preguntona que puede llegar a ser una servidora cuando platica estos asuntos y se había molestado en documentarse bien. La carpeta contenía un lote de páginas de diario amarillentas, casi todas pertenecientes a La Gaceta de La Habana. Una de ellas, de 1853, celebraba en términos elocuentes la iniciativa de crear una Compañía Patriótica-Mercantil que, en palabras del propio Feijóo,



tenía dos objetivos: “socorrer a los desgraciados gallegos” y “contribuir a la agricultura y al aumento de la población blanca en Cuba”. En otra página se explicaba el plan: “Trasladar a la Isla gallegos en número indeterminado, con una empresa que funcionará en régimen de privilegio durante quince años”. Añadía el diario que la frecuencia de los envíos estaría supervisada y aprobada por el Gobierno de Su Majestad la reina Isabel II y que serían trabajadores “libremente contratados con escritura pública de una duración de cinco años”. Una tercera noticia, esta con fecha de 15 de marzo de 1854, daba cuenta del júbilo recibido dispensado por parte de las autoridades a la llegada de la fragata *Villa de Neda* especialmente fletada para trasladar a los primeros 315 gallegos. Lef en voz alta: “Jóvenes [...] de hermosa presencia y notable compostura uniformados con la mayor propiedad para los campos de trabajo [...] y organizados en pelotones de a 25 con su correspondiente capataz cada uno, formaban un cuadro sumamente agradable que realzaba la alegre y marcial música de su país”.

—Gaitas, uniformes, desfiles... ¡Menuda estampa idílica la que pintaba la prensa! —protesté, dejando a un lado el diario—. ¡Hasta

Urbano Feijóo Sotomayor, entonces diputado en Cortes por Ourense y con negocios en Cuba, se valió del engaño para esclavizar a dos mil gallegos en la Isla.

pone que el “excelentísimo señor Capitán General los ha revisado detenidamente, manifestándose muy satisfecho del estado de salud de todos!”.

—Y en otro artículo, ese que tienes ahí, repararás que el propio Feijóo publicaba anuncios por su cuenta informando a los hacendados sobre las ventajas de disponer de “colonos gallegos” para las labores del campo o simplemente para sustituir a negros esclavos.

—Lo estoy viendo acá mismo, ofrece sus gallegos, dice que solo se pueden contratar en cuadrillas completas, con su capataz. Y avisa a los interesados de que pueden pasar por sus oficinas, en el número veintiocho y medio de la calle Cuba —corroboré.

—Mira. Acá te conseguí un ejemplar del pliego de condiciones de la Compañía Patriótica-Mercantil, consta de diecinueve puntos. Como no quiero aburrirte con palabrería, leeré lo más importante, veamos:

“La Compañía se constituye con un capital inicial de doscientos mil pesos a fecha de 15 de julio de 1853; la Compañía paga en España ochenta pesos de anticipo, los gastos previos al embarque del trabajador y le entrega, al tiempo de embarcarse, un vestuario compuesto de tres camisas, pantalón, blusa de hilo, un par de zapatos y un sombrero de paja, además paga su pasaje...”.

Aquí. Esto sí es importante: “Al llegar a la Isla los trabajadores serán recibidos en locales preparados en el campo para su aclimatación. Tres meses serán tratados en estos depósitos con las precauciones y bajo el régimen que los facultativos prefijen, concluida la aclimatación la empresa dará al trabajador otro vestuario completo y trasladará su contrata al hacendado quien desde ese día le pagará el sueldo convenido. Si no hubiese colocación para el emigrado la empresa le abonará su mensualidad; el sueldo no podrá ser de menos de cinco pesos por mes ni el tiempo de contrata podrá exceder de cinco años.”

“Los trabajadores serán tratados con cuidado por los principales, se les suministrará buenos y abundantes alimentos, tendrán consagrados los domingos, las noches desde las ocho hasta las cuatro de la mañana y tres horas durante el rigor del día; serán cuidados de sus enfermedades por cuenta del contratista. La empresa exigirá al hacendado que tome inmigrados la suma de ciento diecinueve pesos por cada uno y de una sola vez”. Estas, más o menos, eran las condiciones.

—Pues tengo que decir que si las cosas hubiesen sucedido en los exactos términos que acabas de leer, no me parecen tan mal... Bueno, a excepción de lo del salario, por supuesto, cinco pesos mensuales era

Qué pasó con ellos

A finales de 1854 el Gobierno destituyó a Pezuela y nombró capitán general, de segundas, a Concha, que recibió orden de zanjar, de una vez por todas, la cuestión de los gallegos. Era preciso facilitar el retorno de quienes desearan abandonar la Isla y reinsertar a los que optasen por permanecer en ella.

Parece que Concha, sin meditar mucho tiempo, dijo: “No me place la inmigración” y resolvió urdiendo un plan de choque en cuatro etapas:

Primero regresaron a Galicia, por propia voluntad, algo menos de trescientos hombres. A continuación se suprimió el trabajo de los convictos en el ferrocarril y ofrecieron los puestos a los que quisieron aceptarlos, ahí ocupó quinientos gallegos más. En la tercera fase propuso alistamiento en el ejército español a los que tenían experiencia militar; se incorporaron a filas menos de doscientos cincuenta. Finalmente, el *Diario de Avisos* publicó

una oferta de reclutamiento para servicios municipales: en limpieza, repartos, en el puerto, recogida de basura, alumbrado de gas... empleó a 120.

Si se echan bien las cuentas los que restan de los 1.744 gallegos que llegaron a La Habana en las ocho expediciones de Feijóo, o ya estaban difuntos o se habían apalencado con negros huidos. Son los cimarrones ojiazules de los que tanto se fabula en Cuba.



Esclavos gallegos en Cuba

Viene de la página anterior ►►

poquísimo para un colono blanco, si no me equivoco, un esclavo alquilado de los más baratos cobraba por entonces entre diez y diecisiete.

—Lo del salario y el hecho de que los trabajadores no llegasen, en ningún momento, a recibir sus pagas porque la propia Compañía, prometiéndoles un interés anual del seis por ciento pagadero cada seis meses, *guardaba* directamente las mensualidades.

—¿Qué me dices! ¿Feyjó se lo quedaba? Y supongo que con ese capital pagaría el viaje de las siguientes remesas de gallegos. ¡Qué perversidad!

—Bien dicho. Perversidad de la buena. Por ello la empresa exigía, además, que los trabajadores firmasen un segundo contrato, este con letra muy pequeña —Pascasio se ajustó los espejuelos para descifrar la diminuta escritura— y cláusulas que, leídas hoy, no dejan lugar a dudas respecto a las intenciones del empresario. Fíjate que los gallegos se comprometían, mientras estuviesen en la Isla, “a no disponer de sus propios pasaportes sino de una cédula de identificación emitida por las autoridades de Cuba”.

—¡Ahí sí advierto malicia! Retirar la documentación a ciudadanos españoles huele más que mal.

—... Y a estar sujetos a castigos correccionales “con arreglo a las ordenanzas”.

—Por Dios... ¡Ignoraban lo que estaban firmando! No sabían que, de tener que someterse a ordenanzas, las vigentes en la Isla no eran otras que ¡ordenanzas de esclavos!

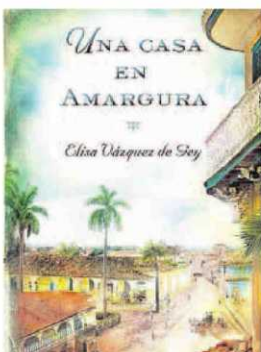
—Para terminar te mostraré el pirulí del pastel, es decir, lo que este segundo contrato contenía a modo de colofón. Leo literalmente: “Yo (nombre y apellidos) me conformo con el salario estipulado, aunque sé y me consta que es mucho mayor el que ganan los jornaleros libres en la Isla de Cuba; porque esta diferencia la juzgo compensada con otras ventajas que ha de proporcionarme mi patrono”.

—¡No puede ser! ¡Es el mismo párrafo que firmaban los culies chinos en las contratas de Zuluetá!

—Ya yo sabía que tú ibas a reconocer el texto. Los gallegos firmaron sin comprender que, si aceptaban que no los tratasen como “jornaleros libres de la Isla” estaban admitiendo que los tratasen...

—¡Como puros esclavos! —exclamé, llevándome las manos a la cabeza—. ¡Qué sí no...! ¡Pobre gente!

—El caso fue que, pese al despliegue publicitario, los hacendados desconfiaron del proyecto y se mostraron reacios a comprar. Pero los barcos llenos de gallegos seguían llegando (cada tres semanas un arribo) y Feyjó empezó a agobiarse al ver que el *producto* no se vendía. Como estaba obligado a mantener a los inmigrantes en los “centros de aclimatación” y esto le resultaba caro, logró desviar la mayor parte de los gallegos a ingenios de amigos, cafetales de familiares y fincas de particulares y, además, uti-



Muchos de estos gallegos, tras ser liberados una vez descubierta su esclavitud encubierta, acabaron trabajando en las obras del ferrocarril cubano. Abajo, portada de ‘Una casa en Amargura’, que acaba de salir a la venta.

● La Opinión

lizó sus influencias para que el Gobierno ubicase a los sobrantes, unos cientos, en las obras del camino de hierro, como si fuesen convictos condenados a trabajo forzado.

—La verdad, Pascasio, es que parece de lo más irregular. ¿Cómo nadie criticó?

—¿Qué sé yo! La prensa se hacía eco a diario de la “patriótica empresa” y los habaneros pensaban que todo era correcto. No se supo que se estaban produciendo desmanes hasta que saltó la noticia de que los gallegos habían sido esclavizados y viendo que los trataban como a los africanos, se habían rebelado y estaban huyendo de las haciendas. A partir de ahí empezaron a aparecer por los caminos deambulando alucinados, heridos, medio desnudos, pidiendo limosna o robando comida.

—¡Madre de Dios! ¡Menudo escándalo! Es que no me lo explico...

—Está bien, te voy a contar de manera sencilla y con mis propias palabras, cómo yo creo que, más o menos, sucedieron en realidad las cosas: te diré que, tras la alegre recepción con músicas de gaitas y banderolas de bienvenida que tú misma has leído, los gallegos fue-

ron conducidos a ingenios abandonados, como El Retiro, y a barracones de los que se usan para castigar a cimarrones, reducidos en ruinas, sin higiene, que para nada eran los prometidos “centros de aclimatación” sino depósitos infectos en poblados aislados, donde se vieron reclusos bajo llave. Por supuesto, durante la estancia en el lugar, ni doctores, ni cuidados, ni alimentos saludables, nomás un pedazo de pan y un plato escaso, cocinado con batata y tasajo, que ni los propios africanos aceptaban. El objetivo era que, transcurrido un tiempo a base de este rancho, leo literalmente para que no pienses que estoy exagerando, “se encuentren los trabajadores acostumbrados a vivir a base de plátanos y raíces, o que al menos necesitarán poco más que los negros”. Hasta allí se acercaban los pocos hacendados que venían a adquirir lo que la Compañía vendía, es decir mercadería humana. Pagaban el traspaso de sus contratos con la promesa de que cada gallego haría “el mismo trabajo de dos negros”. En resumen, lo que Feyjó denominaba “saludable período de aclimatación” no fue sino el tiempo que tardaron los hacenda-

dos en llegar, pagar, llevárselos e instalarlos entre la negrada de sus bohíos.

Los gallegos, en su mayoría enfermos a causa del clima tropical, tuvieron que trabajar a golpe de látigo jornadas de quince horas y en condiciones vergonzosas, puro trabajo de esclavo impropio de ciudadanos blancos, católicos y súbditos del reino de España. Morían de cólera, del vómito, por hambre, por fatiga, apaleados, azotados... Los que desobedecían eran castigados en el cepo o encerrados en lugares inmundos amarrados con cadenas y grillos. A los dos meses empezaron los suicidios y las deserciones. Escapaban de sus amos hambrientos, descalzos y lastimados, para entregarse al Orden Público. Preferían la cárcel al ingenio.

—¡Insultante! ¿Y cómo resolvieron?

—Pues como se resuelven siempre las cosas, Dulce, con el tiempo. Juan Manuel de la Pezuela, el nuevo capitán general, no sabiendo cómo arreglar semejante entuerto, lanzó un bando inesperado: ordenaba al ejército “perseguir a los cimarrones gallegos” y exigía a los inmigrantes que se entregasen, porque muchos, los que no se conformaron y se rebelaron contra los amos, habían huido a la manigua para ocultarse con los jíbaros en los palenques. Algunos se entregaron a la primera, pero no pocos fueron capturados y acabaron en prisión, en depósitos de esclavos o en hospitales.

—Supongo que el Gobierno exigiría responsabilidad al empresario...

—¡Ay, mi amor, no me seas tan cándida! Feyjó se esfumó con el dinero cobrado por la venta de sus paisanos. Echa cuentas: mil setecientos cuarenta y cuatro hombres a

razón, como mínimo, de ciento diecinueve pesos por cabeza, más una subvención de ciento cuarenta mil duros que obtuvo de la Junta de Fomento para construir con sus gallegos un tramo del camino de hierro. Eso sin contar lo que había cobrado con anterioridad, tanto en Cuba como en la Península, en concepto de anticipo para tan *patriótica* causa. Con el saco bien repleto desapareció de la Isla y, desde su casa de Colles, una aldea de Galicia no lejos de Orense, redactó poderes a nombre de dos amigos suyos, Gumersindo Iglesias y Eduardo Phelps, que fueron quienes afrontaron el gigantesco llo que él dejó acá, porque los gallegos que no habían huido seguían esclavos y a merced de hacendados que, como habían pagado por ellos, los consideraban de su propiedad. Mira —me señaló otro artículo de *La Gaceta*—, esto era lo que opinaban sus propios patrones.

Agarré el diario y leí en voz alta:

—“Esclavos ojiazules —se quejan los criollos de los gallegos—, flojos y poco tenaces en el trabajo, que no acaban de aclimatarse a vivir acá y se postran por cualquier cosita que enferme a un blanco”. Un poco más abajo, en la misma página, uno de los doctores de la empresa, apellidado Romay y también gallego, añadía su opinión: “Los gallegos no tienen temperancia, gustan demasiado de la comida y no atienden a lo que uno les dice en cuanto a hacer dieta, por eso trabajan con lentitud y desgana”. Sin articular palabra dejé caer el periódico.

Pascasio prosiguió:

—A pesar de que dos males nunca hacen un bien, parece que la fortuna quiso dar vuelco al asunto porque empezaron a llegar a Galicia docenas de cartas que los inmigrantes dictaban a escribientes y enviaban a sus familias. Pese a su ignorancia, entendían que aquellas condiciones de vida no eran las que Urbano Feyjó se había comprometido a proporcionarles y se quejaban a próximos y amigos. Los familiares, en particular las esposas, las hermanas y las madres, se organizaron para evidenciar la situación: acudieron a la prensa, contrataron abogados y, clamando justicia, hicieron públicas centenas de epístolas afligidas y dolorosas en las que los gallegos daban cuenta del trato que estaban recibiendo. En Madrid, aportando como testimonio dicha correspondencia, los letrados iniciaron un proceso que llegó hasta las Cortes promovido, entre otros, por el diputado gallego Ramón de la Sagra, que había vivido por años en Cuba.

—¿Me estás diciendo que en Madrid se creó una comisión para tratar la trata?

—La trata y los manejos de Feyjó. Pero no te creas que fue dicho y hecho... El problema coló su tiempo, puedes verlo acá —me alargó un documento—, es la copia del diario de sesiones de las Cortes del día veintisiete de junio de mil ochocientos cincuen-

Los que faltan (testimonio oral grabado)

“Es historia conocida, la de los hombres de Feyjó. A estos gallegos contratados les impusieron la misma regla que a los negros y que a los chinos después. Todo fue un engaño y fueron esclavizados.

En Cuba hay conocimiento de que en algunos palenques de cimarrones había hombres blancos de ojos azules, eran celtas, gallegos que encontraron refugio entre esclavos

huidos. Es de no asombrarse que sí existieron cimarrones blancos.

No hay rastros documentales de ellos. Esos hombres tenían su partido de nacimiento o bautismal en España, a muchos no se le registró ni la muerte.

Los registros civiles comenzaron acá en 1896, pero los españoles antes de esto solo estaban registrados en los documentos maríti-

mos del viaje a Cuba, si los tenían. En 1906, la República exigió a sus habitantes asentarse ante un juez o un secretario para declarar dónde se vivía. Pero los gallegos de Feyjó no se presentaron... tenían miedo, eran iletrados y no declaraban correctamente sus datos. Además, a esas alturas eran personas de edad muy avanzada, no llegaron a tener papeles nunca.”



Viene de la página anterior ►►

ta y cinco, es decir ocho meses después de la llegada de la primera expedición a La Habana. En ella figura la opinión que Urbano Feyjó le merece a Tomás Acha, otro diputado que avaló las cartas de los gallegos: "... tratados peor que los esclavos, vendidos como ellos al que quiera comprar su trabajo, Feyjó ha ultrajado a la humanidad y a la naturaleza reorganizando la esclavitud...". Acha y su grupo reclamaron la apertura de una causa criminal contra el empresario y exigieron que a los gallegos se les ofreciese auxilio ante la justicia con derecho de pobres.

Diez días después, tras interminables rifirrafes y no pocos debates irritantes, la comisión zanjó el enojoso asunto y aprobó esto que voy a leer: "Se declara rescindido el contrato celebrado entre el señor Feyjó y los inmigrados, quedándose estos en libertad de apartarse de la empresa o de seguir en ella como jornaleros libres, sin sujeción a ninguna de las condiciones que menguan los derechos del hombre".

—¿Eso fue todo?

—Ya tú ves. Con cuatro líneas en las Cortes resolvieron el problema.

—¿Así? ¿Por las buenas?

—Ni más ni menos.

—Lo que daba por hecho que los gallegos no podrían reclamar...

—Y que el negrero se libraba.

—¡Menudo elemento ese Feyjó! ¿Se sabe qué fue de él?

—¿Que si se sabe? ¡Cómo no, mi amor! ¡Fíjate que, con la que estaba cayendo acá por su culpa, el elemento, como tú le llamas, tuvo la desfachatez de seguir ocupando en Madrid su silla de diputado!

—Se ve que era un tipo sin escrúpulos, aparte de sin vergüenza. ¿Vive todavía?

—Vive, sí. Supimos que, años después del fracaso de su empresa, seguramente pensando que sus tejemanejes ya estarían olvidados, volvió a ser elegido diputado, esta vez por Verín, un pueblo de Galicia. Fue en el setenta y dos pero, por fortuna no disfrutó el cargo ni dos meses, porque a finales de junio se disolvieron las Cortes.

—Sí, fue cuando el rey Amadeo, poco antes de la República —cavilé.

—Exacto. Y no te lo vas a creer, pero parece que Feyjó anda de vuelta por acá. Yo no lo he visto, pero ayer me dijeron que se dio un paseo por el palacio de los capitanes generales, por aquello de mostrarse, y comentó que espera ser diputado de nuevo el año próximo; lo proponen por Matanzas.

—¡Solo eso nos faltaba! ¡Por Dios y que nadie le vote! ¡Mejor a merced de caimán en la ciénaga que con Urbano Feyjó!

Pascasio comenzaba a colocar la revolvedera de documentos que habíamos utilizado.

—Así fueron las cosas, Dulce. Y así continúan —concluyó.